

# Antología

# El sabor de tu piel



Ediciones  
Irreverentes

ANTOLOGÍA

# El sabor de tu piel

Quince relatos de América y España  
sobre los placeres de Eros

Ediciones Irreverentes  
Colección de Narrativa

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De las obras: © Andrés Fornells, Juan Patricio Lombera, Manuel A. Vidal, Nelson Verástegui, José Enrique Canabal, Álvaro Díaz Escobedo, Manuel Villa-Mabela, Miguel Ángel de Rus, Pedro Antonio Curto, Fernando Morote, Fernando Ariel Kosiak, Gloria Scharetg, Caro Verbo, Raúl Vallejo, Víctor Montoya

De la ilustración de portada: © Max Sauco ([www.sauco.ru](http://www.sauco.ru))

Octubre de 2010

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-69-9

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula ([www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com))

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

## ÍNDICE

La voluptuosa Lela va a la universidad en autobús .....	Andrés Fornells .....	7
La daltónica musical .....	Pedro Antonio Curto .....	15
El placer humano no es el de la carne .....	Fernando Morote .....	43
El último refugio .....	Juan Patricio Lombera ....	51
Caperucita Roja y el Conejo Caliente .....	Nelson Verástegui .....	77
Amor fraterno .....	Miguel Ángel de Rus .....	95
Las del apagón .....	Fernando Ariel Korsiak ...	103
El deseo de una cuarentona .....	José Enrique Canabal ....	107
Ábrete .....	Caro Verbo .....	125
Carnavales .....	Gloria Scharetg .....	131
El fallido teorema del trapecio isósceles, cuya base mayor es el doble de la menor .....	Manuel A. Vidal .....	137
Bajo el signo de Isis .....	Raúl Vallejo .....	169
El espantapájaros de nieve .....	Manuel Villa-Mabela ....	175
Amor a tergo .....	Víctor Montoya .....	191
Louise y Sacha .....	Álvaro Díaz Escobedo ....	197



LA VOLUPTUOSA LELA VA  
A LA UNIVERSIDAD EN AUTOBÚS  
de  
Andrés Fornells (España)

**ANDRÉS FORNELLS**, aunque es español, por lo mucho que ha viajado se considera ciudadano del mundo. Ha publicado numerosos relatos cortos en EEUU y en España, y ha obtenido varios galardones en esta especialidad. Su más reciente novela publicada es "La muerte tenía figura de mujer hermosa" (Ediciones Irreverentes). Anteriormente publicó "Jazmín significa amor voluptuoso" (también en Ediciones Irreverentes), "El seductor y la rica heredera", "A la busca de la magia perdida", "Never love a foreigner", "La magia del amamaya", y "La seductora modelo de Cibeles". Ha aparecido en diversas antologías de narrativa, entre las que destacan "Sexto Continente", "Antología del Relato Negro I", "Yo también escuchaba el parte de RNE", "Las estrategias del amor", "Antología de relato negro II" y "Microantología del microrrelato".

Todos los días Lela ha de coger el autobús para ir a la universidad. Esto le significa tres cuartos de hora de recorrido en un vehículo público abarrotado. La dejan subir la primera los muchachos que esperan en la parada, quienes aprovechándose de su indefensión, mientras ella se enfrenta a la multitud que ocupa ya el coche; la soban, la pellizcan y, un aprendiz de vampiro, le arrea mordisquitos en los curvilíneos glúteos. Con apretujones de todo tipo y manos desvergonzadas midiéndole todo el cuerpo, la hermosa Lela consigue llegar al centro del autobús, jadeante igual que si acabase de participar en un maratón.

–Por Dios, que terrible agobio –se lamenta, sofocada.

De pronto siente que un hombre se acaba de pegar a su redondo trasero haciéndole notar un bulto que la quema y que va creciendo entre sus redondas nalguitas. Suspira, la sensación es muy agradable. Abre un poco sus piernas y así el bulto que parece querer atravesar la tela de su cortita prenda se acomoda mejor contra la carne de su tierno culito excitándola sobremanera. El bulto, aprecia, que es realmente colosal. De pronto le asalta un presentimiento, gira la cabeza y mira al hombre que está pegado a su sensual retaguardia, llevándose una gran sorpresa.

–¡Oh!

–Hola, reina. Cuantísimo tiempo sin vernos –reacciona él con mayor elocuencia.

–Una eternidad –reconoce Lela sonriéndole con encantadora timidez.

El hombre viste su acostumbrado mono azul sobre cuyo pecho lleva bordado el nombre de la empresa de electrónica para la que trabaja. Llegan a una parada. El operario, con el mayor descaro le sube la faldita a Lela para que ella pueda sentir mejor su hombría. El nidito de la muchacha comienza a empaparse de esencias vaginales. De pronto una de las manos del desvergonzado le alcanza los labios de la conchita y mete dentro de ella un par de dedos sabios. Por un instante cruza la mente de la universitaria la idea de terminar de forma contundente con este abuso en público, pero las fuertes, deliciosas, sensaciones que experimenta ya, la hacen desestimarlos.

El autobús continúa su recorrido. Falta todavía mucho para que llegue a la universidad, considera Lela. Está rodeada de gente haciada que no se entera de lo que le está haciendo el hombretón al que cierta vez, por vengar un ultraje recibido, ella consintió que la gozase y la hiciese gozar. El hombre a su espalda está frotando su enorme miembro contra su culito ardiente, y ella comienza a corresponderle moviendo sus sensuales esferas, de forma voluptuosa. Él comienza a bajarle discretamente las braguitas y ella no protesta porque desea que él continúe excitándola. Él ha conseguido bajarle la selecta y fina prenda hasta la mitad de sus bien torneados muslos y con la otra mano acaricia la aterciopelada piel de sus nalgas desnudas. Lela, enardecida, no opone resistencia ninguna.

—Eres la muchacha más hermosa del mundo entero. Te adoro  
—susurra él.

Estas palabras que en otra persona sonarían cursis, a Lela la incitan a entregarse, y abre un poco más sus piernas. El hombre, apreciando que ella se le ofrece incondicionalmente saca con disimulo su miembro del pantalón y lo coloca entre los gemelos glúteos de Lela.

Ella aprecia como el muy erecto, grueso y caliente miembro masculino se desliza entre su sensual y aún no descerrajado culito que a su contacto, unido al trabajo que le hacen en la conchita los audaces dedos masculinos, termina de hacerle perder del todo la cabeza y la vergüenza. Sin embargo cuando la punta de esa poderosa barra de carne hace contacto, le quema el estriado orificio que todavía nadie ha visitado, Lela intenta escapar doblando el cuerpo. Puede doblarlo muy poco pues la señora gorda que tiene delante es una muralla inamovible. Pero cuando la enorme cabeza empieza a empujarle el centro de su culito, Lela gira un poco el cuello y suplica:

—¡No! Por favor, no, que me destrozarías.

—Tú mandas, mi reina —él cambia su intención y hace resbalar su verga situándola más abajo. Lela cierra sus mulos, la aprisiona y comienza a mover rítmica, rotativamente, sus caderas. El excitadísimo operario inicia un movimiento de avance y retroceso al tiempo que sigue acariciando la vulva carnosa y el clítoris erecto y durito, haciendo estremecerse de placer a su dueña. Y no pudiendo aguantar más tiempo sin penetrarla, él acerca la descapullada cabeza a la empapada hendidura femenina.

—Por favor, péntrame despacito, despacito... Eres tan enorme...—suplica ella temiendo el exagerado tamaño de su ariete.

Él emite un gruñido que puede interpretarse como de aquiescencia, pero de repente un perro se cruza por delante del vehículo y su conductor, para no atropellarlo, frena de golpe provocando que el fiero falo del técnico penetre profundísimamente en la vagina de Lela, que lanza un grito mitad de dolor mitad de placer. Grito que se mezcla con el que sale de la boca de la oronda mujer que tiene delante y de las bocas de otro par de chicas de susto fácil. El vehículo reanuda su marcha.

Superado el sufrimiento inicial Lela disfruta la enormidad del hombre y delirando de placer la succiona con su vagina pretendiendo sacarle toda su leche para que sacie a su sediento conejito. Acelera los movimientos de sus nalguitas, facilitando que el hombre pueda entrarle hasta lo más hondo que no es lo suficientemente hondo para cubrir por completo el colosal torpedo de él. Y no tardan los dos en sentirse como volcanes a punto de erupción. El técnico electrónico aguanta más que Lela, a la que le viene un primer orgasmo bestial, con muchos espasmos en su interior que succionan el miembro masculino, y ha de realizar extraordinarios esfuerzos para no ponerse a gritar como una loca cuando, segundos más tarde, siente el abundante derrame del duro miembro caliente llenar el interior de su inflamado nidito con las esencias blancas de su pasión. A Lela las piernas se le doblan del infinito placer que experimenta y de no haber sido por el corpachón de la mujer que tiene delante se habría venido al suelo. Mas los expertos dedos del hombre siguen frotando deliciosamente su sensibilísima cereza y a ella le viene otro orgasmo que la sacude con varios poderosos espasmos más.

—Te amo con locura —murmura el hombre junto a su oído lamiéndole el lóbulo de la oreja—. Daría gustoso mi vida por ti.

Lela regresa a la realidad. El vehículo público está llegando a la universidad. Con pena retira el goteante miembro del hombre, se sube las bragas, se baja la falda cortita y le dice al macho que la ha colmado tan plenamente:

—Tengo que bajarme aquí.

—Mañana cogeré este mismo autobús —promete él sobreponiéndose a la repentina tristeza que le ha entrado.

Ella empujando ya a los pasajeros que le bloquean la salida y

encontrando cierta facilidad porque son muchos los universitarios que se están bajando en esta parada, responde:

—Mañana queda muy lejos.

El hombre sonríe. La de ella es sólo una frase dictada por la seducción innata en toda mujer y su deseo de ser seducida. Está seguro de que ella no faltará a la cita. Hay entre ambos un compromiso sexual que, de momento, son incapaces de romper.

El coche reanuda su marcha. Lela no puede evitar volver la cabeza y responder al cariñoso saludo que él le hace con su mano sabia desde el interior del vehículo. «Qué hombre, por Dios, que enorme regalo le hizo la exagerada naturaleza». Sus braguitas están recogiendo las esencias que él la dejó dentro y ella anda procurando mantener sus piernas todo lo cerradas posible.

Nada más entrar en la universidad Lela se dirige a los servicios de señoras y aprovechando que no hay nadie se levanta la falda y lava rápidamente la feliz conchita, y después coloca en la parte baja de sus bragas unos pliegues de papel higiénico para que éste continúe recogiendo lo que todavía irá saliendo por su gozosa rajita.

Piensa en el hombre que la ha hecho tan feliz en el autobús y mueve la cabeza acompañando este gesto el tierno pensamiento que ocupa su mente. «Han transcurrido casi dos años y este hombre-amental sigue idolatrándome. Me estoy excitando ya sólo de pensar que mañana voy a encontrármelo de nuevo en el autobús».



LA DALTONICA MUSICAL  
de  
Pedro Antonio Curto (España)

**PEDRO ANTONIO CURTO**, nació en la localidad guipuzcoana de Zumaia, pero desde muy pronto ha vivido en la ciudad asturiana de Gijón. Se inició en la poesía para pasar más tarde al campo de la narrativa donde sigue teniendo un sentido de lo "poético". Ha publicado diversos libros entre ellos la novela "El tango de la ciudad herida". Ha recibido más de una docena de premios literarios como el Antonio Porras, el Tito Simón, el Leopoldo Alas "Clarín", entre otros.

Colabora y escribe en diversas publicaciones, especialmente en el diario "El Comercio de Asturias" y en las revistas literarias Kalepesia e Irreverentes. Ha sido director y guionista del cortometraje "Maletango", exhibido en el Festival Internacional de Cine de Gijón. Ha publicado el libro de relatos "Los viajes de Eros", ha participado en la antología "13 para 21" y "Palabras para Ángel". Su última publicación ha sido "Los amantes del hotel Tirana" por la cual recibió el IV Premio de novela ciudad Ducal de Loeches, publicada en Ediciones Irreverentes.

*No oigo los sonidos orgasmuales  
de ciertas palabras preciosas.  
Muero en la música de los sexos.*  
Alejandra Pizarnik

—¿Qué es la música, mamá? —preguntaba Ana al escuchar aquel sonido que todos parecían diferenciar, entender, admirar y sin embargo para ella sólo era uno más de los ruidos con los que habitamos alrededor. Y repetía aquella pregunta a su padre, a su hermano, a los profesores, a los doctores de bata blanca que sentados al otro lado de la mesa trataban de analizar su mente. Pero nadie sabía darle la respuesta de por qué su oído no diferenciaba a Mozart de una canción roquera. Así ella se sentía triste, una tristeza con la cual crecía más que los demás niños, al igual que su belleza anunciaba una mujer deslumbrante.

—¿Qué es la música, Susana? —Le preguntó a una de sus compañeras.

—Yo te enseñaré qué es la música— le respondió ella, una muchacha a la que sacaba más de una cabeza de altura, pero la cogió por la mano y la arrastró igual que si Ana fuese una niña pequeña.

Susana la contempla pasear por el pequeño apartamento, desordenado y con escasos muebles, en los que parece buscar algo. Ella siempre ha tenido ese espíritu inquieto dibujado en un rostro suave, de ojos claros y facciones apenas marcadas, en cuyos rasgos cuelga un interrogante. Quizá esté buscando la música, pero entre aquellas paredes sólo habita el silencio. Una cierta decrepitud cubre su cuerpo, envenena su belleza pero no la anula, permanece ahí, a la espera de que alguien la recoja con los brazos y acaricie sus cicatrices. Piensa que en

la belleza de esa mujer, en su forma de ser bella, existe un infinito que seduce al igual que un alucinógeno fabrica una patria paradisíaca. ¿Lo puede ser en aquel piso de apenas treinta metros cuadrados? Se pregunta mientras la mira apoyada en el marco de la puerta y ella a su vez también la observa. Es un mirar decadente –sus ojos azules no son ya tan claros, una sombra los cubre –que la sitúa en el centro de la visión, pero va más allá de su persona, a un lugar que no conoce. Por eso cuando sus miradas se encuentran, son un cruce de viajes, como esos pasajeros que se descubren en trenes de direcciones opuestas e intentan adivinar algo del otro, pero es un intento baldío. Por eso duda sobre la mujer que tiene delante, a pesar de los más de veinte años compartiendo espacios como aquel, cerrados al mundo exterior, sólo suyos. Es mucho tiempo llevándola de la mano, arrastrándola para enseñarle que es la música, mostrarle la diferencia; nunca lo ha conseguido del todo, un ser demasiado lejano desde su altura.

–¿Quién eres ahora, Ana, Érica...? –Le pregunta Susana rompiendo un silencio plácido.

–Y eso que importa, estás conmigo. ¿No te basta?

Susana sonríe con incertidumbre, ¿le basta? Aunque no sea así se ha conformado, le ha tenido que bastar con sus regalos, los pequeños trozos de su ser que le ha ido cediendo a lo largo de los años. Y se ha resignado, acallando su ansia, sentándose a esperar, aguardando a la sombra que ella quisiese regresar. Se podía vivir en los intervalos, incluso en ese tiempo envejecía menos, los meses eran más leves, más suaves, aunque fuesen sombríos. Porque sin sentir el cuerpo de ella a su lado, era menos libre pero tenía más libertad.

La playa estaba llena de algarabía adolescente, entre las olas los chicos y las chicas se lanzaban bajo las aguas, se salpicaban unos a otros

o jugaban en la arena, pero ellas no estaban allí. En unas rocas rodeadas por el mar, como en una pequeña isla, ocultas de las miradas ajenas, dos cuerpos se asomaban el uno al otro, fabricando su propio universo.

–Mira, tu nombre lo contiene el mío –dijo Susana y escribió con un dedo sobre la arena: «SusAna». Luego rodeó a su amiga con los brazos, atrayendo su cuerpo hacia ella, cobijándola bajo el suyo. Le gustaba estar así, sentir la humedad cálida de su piel, una respiración acompasada por la suya.

–Tienen puesta música, la puedo escuchar, ¿qué es? –Le preguntó Ana bajo el poder salado de unas manos que le acariciaban y la enseñaban a reconocerse en aquel cuerpo demasiado grande para su edad.

–No importa, ahora la única música es la del mar y la de nuestros cuerpos.

Érica avanza hacia ella que está sentada sobre la cama, la besa en los labios inundando su rostro con los cabellos, apoya las manos sobre sus hombros y hace que se tumbe, luego se desnuda, la desnuda. Primero desliza sus tirantes y el vestido rojo vuela hasta el suelo aterrizando alrededor de sus pies, para después desabrochar la camisa de Susana, le quita el sujetador, tira con fuerza de sus pantalones hacia abajo y los saca por unas piernas gruesas.

Le gusta desnudarla, arrebatarle la ropa, descubrir su piel. Lo ha hecho pocas veces, pues es Susana quien la desviste, con una pasión y un arrebató que ella nunca podrá tener. Le envidia esa fuerza, incluso le entregaría esa belleza que empieza a abandonarla y demasiadas veces ha sido una pesada carga.

Se queda mirándola desde la altura, con una cierta distancia, sus ojos se fijan en las bragas blancas y sobre la tela dibuja con un dedo la sombra del triángulo púbico que se transparenta, para después tirar de la prenda y arrancársela. Ante aquella desnudez plena, se acuesta junto a su amiga, acopla su cuerpo al suyo, se refugia entre sus brazos fuertes, sus pechos poderosos, unas piernas que se enredan con las suyas. Le gusta dejarse atrapar, más que el rencuentro con una amante, regresar a Susana es volver a una patria maternal y cálida, aunque enigmática y un tanto tiránica, como suelen ser los imperios maternos.

—Eres muy alta, me encanta que seas tan alta, tan alta y mía —le dijo Susana cogiendo sus piernas que aproximó a su rostro. Eran unos pies pequeños —casi japoneses— para aquella altura, la chica más alta de toda la clase, incluso por encima de los chicos. Pero una altura leve, una gigante dulce que apetecía comérsela, saborearla como una gran muñeca de chocolate, por eso se llevó uno de sus pies a la boca y fue deslizando la lengua por cada uno de sus dedos. Ana se rió igual que solía hacerlo con todo, entregándose con una plenitud vacía de emoción. ¡Qué maravillosa era esa niña que se dejaba hacer! Por eso, tras lamerle los pies le deslizó los tirantes y bajó su bañador hasta el ombligo, dejando al aire sus pechos nacientes, blanquecinos como una montaña nevada, mostrando una rosácea coronación carnal. Susana se introdujo uno por los labios, lo sintió bajo el poder de su lengua, percibió el sabor salado que le golpeó en las paredes de su boca y le produjo un maremoto interior.

Les invadió la humedad de las olas que subían, la que se desprendía de sus cuerpos mientras escuchaban el griterío al otro lado de su

pequeña isla. En unos minutos el mar cubriría aquellas olas desgajadas y ellas regresarían con los demás. Pero mientras tanto eran SusAna y los susurros de una descendían sobre la otra. El bañador de Ana estaba en la mano de su amiga y hubiese querido tener así aquel cuerpo larguilucho, por eso la abrazaba contra ella, presionaba apretando en la espalda, en sus nalgas donde apoyaba los pies con fuerza.

—¿Te hago daño?— Le preguntó con la boca sobre su oído.

—Sí, me estás ahogando, pero es igual.

Érica se siente bien escuchando la respiración fuerte y sólida de Susana. Es como un portal que abriese para dejarla pasar en una siesta que se tomase a cualquier hora. Sabe que ella siempre estará ahí, esperándola, guardando un lugar a su lado para cuando quiera volver. Es una certidumbre que le permite vivir en compañía de las incertidumbres, habitar en la patria de las dudas. ¡Qué dulce es la sombra de esa protección! Con esos pensamientos encoge su cuerpo, abraza sus propias piernas y hunde el rostro entre los pechos de ella. Admira aquellas mamas abundantes y cálidas, que se endurecen con el roce, aún ahora cuando ya empiezan a descender. Pero a ella no le importa, ama la decrepitud, tiene un ácido sabor dulce, quizá incluso la ha buscado en la plenitud de su belleza.

A Érica le gustaba desfilarse porque era como abandonarse. Dejaba que vistiesen su cuerpo, que posaran sobre su piel prendas caras y luego salía a la luz, persiguiendo a alguna compañera, y a su vez siendo perseguida, como en una rueda mecánica donde fuesen figuritas. La

luz eran focos potentes iluminando un pasillo por el que debía caminar en medio de las miradas, de los flashes, de las voces. Sabía que estaba allí la música, pero seguía siendo para ella el zumbido de una avispa e incluso prefería en esos momentos aquel analfabetismo musical. Caminaba con rapidez arrastrando su cuerpo, deslizándose por entre ojos que se pegaban a su piel, se introducían por tejidos que nunca conseguían vestirla, más bien al contrario, la desnudaban. Por eso tenía la sensación de estar caminando desnuda por encima de ellos y sus pasos debían ser cuidadosos para no pisar sus manos, sus cabezas, que se tendían cuando pasaba. Luego volvía a salir por el pasillo, para ponerse otras prendas con las que igualmente continuaba desnuda. Pero no le importaba, le gustaba ofrecerles esa desnudez, ese tenerla entre sus manos, ese ser objeto ante sus pupilas. Sólo le ocurría que a veces se cansaba, entonces pedía un receso e iba al baño y sacaba de su bolso el polvo blanco que la hacía renacer. Cuando los granos aspirados por la nariz penetraban en su cuerpo admirado, volvía a la montaña, regresaba al país iluminado por los focos, regado por los ojos.

Salía en revistas, en la prensa y hasta en la televisión. Contemplaba esas imágenes con distancia y a veces sentía envidia, a veces piedad. La primera porque tras esos brillos y papel *couché*, debía existir un mundo glamuroso. La segunda porque ya conocía ese mundo glamuroso.

Eran muchas las ciudades en las que desfilaba, pero ella se perdía entre las geografías. Iban de una ciudad a otra, países distantes, continentes diferentes, sintiendo que estaba en el mismo lugar, un aeropuerto, un avión y el destino de un pasillo sobre el que desfilaba. Cada noche regresaba a un hotel lujoso, donde los empleados la miraban,

ellas con envidia, ellos con deseo. Eso era lo mejor que le ocurría, esa envidia, ese deseo, porque luego en su habitación se abrazaba a la almohada y lloraba, un llorar sin lágrimas que es la peor forma de llorar, pues entonces las gotas que se caen son rojas. Y era dulce ver descender el líquido encarnado desde sus muñecas, como iban tiñendo el agua, como las fuerzas le abandonaban y empezaba a navegar sobre un mar rojizo. Cogió agua en el cuenco de la mano y se lo llevó a la boca, esperaba encontrar el sabor salado de su isla, pero sólo halló un líquido espeso que le produjo asco. Por eso se levantó y abandonó la tumba roja, salió fuera de su habitación y caminó dando tumbos, regando de sangre los pasillos. No supo cuanto tiempo estuvo en aquel desfile, ni cuantos ojos la contemplaron con el vestido carmesí, sólo que cuando abrió los ojos en una blanca habitación, pudo apoyar su cabeza entre los brazos de Susana. Ella le susurró al oído: «Susana, tu nombre contiene el mío.» Pero, ¿dónde estaba esa Ana?

La mano de Susana se apoya en el seno izquierdo de Érica, pero no está ahora buscando su pecho, sino el latido de su corazón. Apenas lo percibe, es un latido lento, que en un momento como ese, debía estar acelerado, como ocurre con el suyo propio que parece ir a desbocarse embargado en las emociones. De todas formas se conforma con la caricia, aunque ésta no devaste el cuerpo que tiene debajo, es mejor acariciar que recordar, para eso siempre hay tiempo. Y su mano ha tenido que conformarse muchas veces con ser un almacén de la memoria. Era un tacto que debía recordar, mantener en la yema de los dedos todos los sentidos, para así vivir un presente lo más pleno posible con el poder de la nostalgia. También ayudaba la fantasía, esa necesaria

exaltación del pasado. Así aquella mano la contenía a ella, el aroma, el sabor de la piel, para llevarlo a su pubis y que los dedos viajasen a la humedad. Por eso cuando ahora la tiene bajo sus manos, sabe que están ejerciendo la labor de una grabadora íntima.

A Susana le agobiaban los juicios por divorcio; eran un combate de emociones y pasión que le aburrían. Se podía palpar el clima bélico y aquel era uno de ellos. Su clienta no paraba de insultar en un estado de tensión al hombre situado a unos metros y con el que había compartido más de veinte años de vida en común. Él haría algo parecido junto a su abogado. A veces pensaba que el amor institucionalizado y bendecido era el antecesor de la guerra. Y el campo de batalla podía establecerse en un juzgado. A ella le costaba asistir a esas batallas del amor, por lo que cuando el juicio se retrasó una hora, se sintió momentáneamente liberada de la tensión y huyó a una cafetería cercana. Pidió güisqui y distraídamente fue hojeando la prensa, hasta que su mirada se detuvo en una sección por la que habitualmente pasaba de largo: la de sociedad. Su pulso le hizo temblar el papel al descubrir unas fotografías donde hablaban de moda. Y esa moda era su gigante desfilando, aunque se anunciase a una Érica Sus que desconocía, pero le pareció curioso ese apellido. Bebió el güisqui de un trago y decidió no volver al juicio; iría a la ciudad donde ella desfilaría.

Susana la vio aparecer al fondo de un pasillo vistiendo unos trajes vaporosos que cubrían el cuerpo bajo el cual se descubría su silueta como una sombra. Desde aquella posición que le parecía un foso, la vio caminar sobre unos zapatos de tacón alto que la hacían inabarcable, ese ser infinito que no había dejado de desear. Sus pasos eran

rápidos y balanceantes, tenía la impresión de que caería por el borde de aquel pasillo y pensó que allí estaría ella, para recogerla en sus brazos. Pero no se derrumbó, su niña se había hecho grande y regresó por donde acababa de entrar.

—¿Has aprendido a desfilas? —Le preguntó Susana abordándola a la salida.

—He aprendido a no derrumbarme del todo —le respondió Érica, que no pareció sorprenderse por su presencia.

Las dos mujeres hablaron en el taxi que les conducía al hotel. Se miraron, se contemplaron, se descubrieron una vez más, igual que les ocurría en cada reencuentro. Susana se preguntaba la distancia que existía entre su Ana y aquella modelo que acababa de ver desfilas. Aunque su deseo no se detenía ante esas fronteras nominales o en la distancia del tiempo; se hubiese lanzado sobre ella en los mismos asientos del taxi.

La habitación del hotel era lujosa, pero Susana no estaba cómoda. Sin embargo muchas veces soñó con estar al lado de su amiga, en un sitio como ese. Aunque realmente no sabía si lo estaba.

—¿Por qué Érica Sus?

—Yo no escogí ese nombre, me lo escogieron, supongo que es mi destino, dejar que escojan por mí, me pasa con todo. Sí, en cambio el apellido, ¿te suena?

—Sus, pero falta la segunda parte...

—Es una amputación.

—¿No querías que tu nombre estuviese contenido en el mío?

—Al contrario, quería sacarlo de ahí, tenía miedo.

—De mí.

—No, de mí misma.

Susana contemplaba a Érica y sólo verla le invadía un excitante deseo por Ana. Después de que ésta abandonase el maquillaje frente al espejo, con su rostro límpido, apoyada en una butaca, la esperaba. Y como siempre fue hacia su deseo.

Llevaba casi tres años sin ella y al abrazarla sintió que le arrastraba a un vendaval aunque no se moviese. Sobre el suelo de moqueta la desnudó y descubrió su cuerpo esquelético.

—Criatura, ¿qué te han hecho? —Y su amante recobrada empezó a derramar largas lágrimas silenciosas. Le bebió las saladas gotas que descendieron por sus mejillas y luego ante los ojos cerrados, lamió sus párpados percibiendo un sabor acre de los restos del maquillaje.

Era cerca del amanecer cuando Érica le dijo que debía irse, que pronto vendrían a despertarla, para que preparase las maletas e ir a otra ciudad donde volvería a desfilas. Por primera vez ella le pedía que se fuese, la echaba de su lado. No le dolió demasiado, estaba feliz por el reencuentro, lo demás no importaba. Supo en aquel momento, abrazándola con fuerza, que aunque estuviesen distantes por un tiempo, siempre volvería la una a los brazos de la otra.

—Mi larguilucha estrella —le dice Susana sentada en el suelo, apoyada sobre la cama, pasando la mano por encima de su cuerpo. Lo ha hecho muchas veces, pero nunca se cansa, empieza por la frente, recorre su rostro con un tacto ciego y tembloroso, sintiendo los labios abiertos bajo la yema de los dedos. Es una carne algo gastada a la que sin embargo quisiera besar en el momento de la muerte, porque incluso en esos instantes le proporcionaría una emoción desgarradora. La

mano continúa su viaje por el cuerpo, un dedo desciende a través de la línea curva de la garganta hasta llegar a un pequeño hueco que rodea formando un círculo. Luego el dedo continúa por el pasillo situado entre los pechos, se detiene, sube a las pequeñas elevaciones rosáceas, las acaricia, se lleva el dedo a la boca y humedece los pezones, para luego sentirlos mojados bajo la palma de sus manos. Unas manos que extiende sobre el estómago, parecen querer encontrar allí la vida, otra vida, pero no puede verla como madre. Ni su vientre, ni el suyo, podrán engendrar un hijo, demasiada embriaguez en los cuerpos, demasiada tristeza para que puedan albergar una vida. A pesar de todo apoya su cabeza sobre él, su oído quiere escuchar aquel útero sin hijo posible. Y sobre el estómago derrama dos lágrimas furtivas, huidizas, que se escapan por cada uno de sus ojos y descienden como ríos, atraviesan el vello ausente y se introducen por unos labios abiertos. Mientras eso ocurre, Érica desliza los dedos por entre sus cabellos.

—¿Qué te pasa?— Le pregunta.

—Nada, que soy feliz a tu lado, que soy feliz contigo, con tu cuerpo —y luego su mano acaricia los labios que han tragado sus lágrimas.

La clase de gimnasia tenía sabor a sudor. La profesora esclavizaba sus cuerpos, los hacía rendirse al esfuerzo y a Ana se le escapaba el suyo, demasiado largo para dominarlo, pensaba Susana intentando ayudarla. A pesar de que con sólo alzar las piernas un poco podría pasar por encima del potro, se estrelló contra él derrumbándose con estruendo; se hizo daño y escuchó las voces de la profesora, la risa de los demás compañeros. Sabía de lo que estaba construida aquella risa, pero no le importaba, ni a ella, ni a Susana; que dijeran lo que quisieran.

Cuando la clase acabó su amiga la llevó a casa, donde no había nadie pues los padres estaban trabajando. Con Ana reposando sobre la cama se burlaron de la profesora, de sus compañeros, del mundo que habitaba afuera, pues era inigualable al suyo.

Susana le bajó los pantalones del chándal, le quitó las bragas, observó que a la altura de su estómago tenía marcas en la piel y también más abajo, sobre el monte de Venus. Era una sombra dolorida que podía percibir en Ana aunque ésta no se quejaba. Por eso trajo una crema y empezó a dársela, primero con suavidad, luego friccionando con fuerza. El subir a la sogá le había dejado una marca entre los muslos, por eso cuando la tocó dejó escapar un ligero quejido. No pudo evitar quedarse mirando aquella parte de su cuerpo, un vello ligero y rubio que cubría sus labios, que hacía un par de años no estaba ahí. Había venido con el fluir de la sangre y no le gusta del todo, al menos en su amiga. Creía que en su Ana era una mancha, sobre todo cuando descubrió los labios hinchados y doloridos. Por eso fue al baño y trajo una cuchilla junto a un bote de espuma. Ella la miró sin decirle nada, con una media sonrisa instalada en su rostro.

—Volverás a ser mi niña —le dijo extendiendo la espuma sobre el triángulo dorado. Ana observó a su amiga con la cuchilla, el acero bailando con su temblor, a pesar de lo cual la escena le pareció subyugante. Era una cirujana dispuesta para una amputación, pero era su cirujana, su dulce verdugo y con aquel aparato metálico entre las manos le pareció el más sensible de los seres. Al iniciar la operación las dos estaban totalmente entregadas; Ana ausentando la respiración de su cuerpo, apretando los puños para convertir su estómago y bajo vientre en un mar quieto. Por su parte la operadora convirtió la eliminación del vello en una obra de arte, haciendo que la pequeña guada-

ña eliminase cualquier rastro dorado pero sin dañar una piel que luego aparecía rojiza y libre. Cuando Susana acabó se quedó ensimismada contemplando ese coño adolescente, tan cercano, tan lejano, tan abismático. Luego lo acarició largamente, extendió la crema sobre el, «para que no te duela», le dijo, aunque en todo el proceso no se haya quejado. A veces tenía la impresión de estar tratando con una muñeca, una gran muñeca que le hubiesen regalado, tumbada sobre su propia cama, desnuda a partir de la cintura, más desnuda que nunca.

Susana levanta la cabeza de su estómago, coge los brazos a la altura de sus muñecas y contempla las marcas. No le gustan esos tatuajes de muerte, quisiera borrarlos, hacerlos desaparecer de su piel, siente que cualquier alteración en ese cuerpo es una mancha terrible. ¿Cuándo han llegado? Que extraña es esa noche roja que se abate sobre su niña bella, piensa contemplando la carne lacerada. A pesar de lo cual las besa, pues ahora son sus cicatrices, forman parte de ella, la geografía de aquel cuerpo.

—¿Por qué?— Le pregunta.

—No lo sé muy bien. Creo que es necesario se esté amenazando tu vida para que tengas ganas de vivir, para que luches por tu supervivencia. Sin esa amenaza decaigo y me dejo llevar; es la muerte, sólo la muerte. Es necesaria la figura del asesino para estar alerta, aunque esa asesina puedas ser tu misma.

—¿Lo repetirás?

—Tal vez, ¿por qué no? Si no logro sobrevivir, morir es tan sólo desaparecer, diluirse para siempre.

—Y a ti te gusta desaparecer, diluirte.

—Sí, ya lo sabes.

Susana había empezado la facultad y Ana paseaba por las agencias con un *book* de fotos. El derecho robusteció su cuerpo al contrario que el de su amiga, el cual se estilizó, convirtiéndose en una mujer alta y delgada en extremo, aunque no conseguía entrar en las grandes pasarelas porque decían se balanceaba al andar y así no se podía desfilarse. Seguía teniendo la mirada distraída, unos ojos que se extraviaban, una belleza que se abandonaba a ella misma. A Susana no le importaba demasiado porque aspiraba a su cuerpo, a jugar con él, a imbuirse de sus fluidos y así era posible encontrar el alma que no se muestra.

Los fines de semana Ana llegaba a su casa, se depositaba sobre la cama y le cedía su cuerpo. Era maravilloso renunciar al gobierno del propio cuerpo y del propio espíritu, esa abnegación que la llevaba a rendirse ante una amante. Pensaba que era necesario estar viva y ser joven para doblarse y someterse enteramente al poder de la otra.

Un domingo Susana ató las manos de su amiga al respaldo de la cama y cegó sus ojos con una venda. Lo mismo hizo con sus pies atándolos con una cuerda, luego puso el Don Giovanni de Mozart, sabiendo que para ella sólo sería ruido, un sonido más. Se quedó mirándola en su inmovilidad, sometida igual que una esclava. Vestía una bata blanca de tirantes que enrolló desde abajo hasta la altura de su cuello. Como siempre no tenía sujetador, sus pequeños pechos se habían detenido en la adolescencia, algo que le encantaba. Sí llevaba una pequeña braga negra que destacaba sobre la pálida geografía de su piel. Con la mano palpó en el tejido, percibiendo que no existía vello debajo, como era desde aquel día siendo adolescentes. Con una súbita violencia le arrancó la diminuta prenda y luego besó sus labios, humedeciéndolos con una lengua que se encontró con la aridez.

Observó que apenas se movía, que no oponía resistencia a sus ataduras, como si estas hubiesen anulado su escasa voluntad, ni siquie-

ra parecía respirar. Con un rotulador rojo escribió «SusAna» en letras grandes que partían del cuello y llegaban hasta el monte de Venus, recorriendo los pechos, el estómago y el ombligo, una geografía sometida a su dominio, igual que su nombre estaba contenido en el suyo. Contemplándola sembrada por aquellas palabras, pensó que no quería quefuese modelo, que fuese nada, únicamente la mujer que se le entregaba, su juguete. Quizás deberían encerrarse entre cuatro paredes y luego lanzar las llaves lejos, para quedar la una prisionera de la otra. Con esos pensamientos rondando en su cabeza se echó güisqui en un vaso con unos cubitos de hielo, bebió unos sorbos, se los hizo beber a ella y después lo vertió por su cuerpo. Acercó su rostro y empezó a beber el líquido, cogió con los dientes uno de los cubitos y lo fue paseando por la piel, hizo que se le erizaran los pezones, depositó uno en el pubis dejando que se derritiese sobre los labios temblorosos. Pero ella no protestaba, no decía nada, parecía haber atravesado una frontera que estuviese más allá del dolor y el placer. ¿Qué pensaba en esa patria extraña?, se preguntó Susana mientras traía varias cosas de la cocina. A ella le gustaba ese silencio porque era una puerta abierta para adentrarse en sus dominios. Invasión por ese poder que se tomaba, extendió una crema de chocolate sobre su piel que luego fue recogiendo con la lengua, probando el extraño sabor que producía la mezcla de cacao, alcohol y sudor. Luego lo hizo con otras mezclas y cada vez que liberaba al cuerpo de ellas, quedaban las letras rojas cuya tinta se había difuminado y mostraban un aspecto extraño, como si fuesen antiguas y llevasen mucho tiempo sobre aquel lienzo humano.

Sumida en la embriaguez de su amante, se adentraba en ella con súbitos descensos. De esa forma expandió mermelada por su piel utilizando un cuchillo. Era el filo del acero quien se movía por el cuerpo, paseó por los pezones, se deslizó por las piernas, apoyó la

punta metálica sobre la carne labial. Con la otra mano recorrió la piel, se empapó de sudor, creía sentir las palpitations aceleradas del corazón de Ana, pero se dio cuenta que era el suyo propio.

Susana acabó rendida, sentada en un rincón de la habitación, contemplando desde allí la inmensidad de su cuerpo, como quien contempla una diosa amordazada. Luego la desató y Ana se quitó la venda, se liberó de las cuerdas, fue al baño para que el agua borrara todo aquello que envolvió su piel. Con el vestido blanco, calzando unos zapatos que la hacían más alta, se despidió con un beso en cada mejilla, silenciosa como había estado durante aquellas horas.

Unos días después cuando Susana buscó a su amiga, supo que ésta se había ido sin dejar ninguna dirección, ni forma de contacto.

Érica se levanta, va a una ventana con la persiana medio bajada y mira hacia fuera. Susana tiene miedo de aquella mirada al exterior, siente que se pierde en su silencio, ese alejarse a un territorio solitario. Por eso va a donde está y la abraza por atrás. La diferencia de altura hace que su rostro se apoye en la espalda de su amiga, que su pubis se estreche contra la parte baja de sus nalgas, allí donde se inician los muslos. No está bien así, siempre ha querido aquel cuerpo largo dominado por ella, dispuesto a su merced, dejándolo cobijarse bajo su sombra y ahora es al revés.

—Las calles de las ciudades se parecen, es igual que si fuesen de una parte a otra para estar siempre en el mismo lugar —le dice Érica que sigue mirando a través de la ventana.

—Las ciudades son un lugar extraño.

—¿Por qué?

—Una noche, tras una de tus primeras desapariciones, estuve paseando desde medianoche hasta el amanecer. Durante muchas horas no me encontré con nadie por las calles, estaban desiertas y desde esa soledad contemplaba los edificios a uno y otro lado, las miles de ventanas en las que sólo por alguna se percibía luz. Tuve la sensación de que la ciudad era un cementerio y tras aquellas ventanas estaban los nichos en que reposamos. Sólo cuando la luz traspasaba a través de una persiana cerrada, indicaba la existencia de vida. Y me juré que una de esas luces, siempre encendida, sería la nuestra.

—Es bella esa proposición. ¿Por eso nos hemos amado en sitios como éste?

—Sí, quizá.

Érica se da la vuelta, la mira desde sus ojos claros, con la cabeza hacia abajo, el rostro rodeado por sus cabellos. Son unos ojos levemente hundidos, con una fina línea de arrugas alrededor y lo mismo pasa con la comisura de sus labios, se denota al hablar, o en las extrañas veces que muestra una sonrisa. Son surcos nacidos en la suave dermis, pero que no anulan la perturbación que sus gestos le producen. Antes no existían esas arrugas, al igual que unas facciones marcadas en un rostro que ha adelgazado sobre los huesos.

Es una demacración que aunque leve, le hace percibir la calavera y entonces le invade la nostalgia de la pequeña Ana. Tiene que sentir la cabeza apoyándose en su hombro, el cuerpo deslizándose sobre el suyo, colocándose de rodillas ante ella y de esa forma abrazarla. Susana apoya la mano en sus cabellos, percibe la debilidad de éstos, ya no son unos cabellos fuertes y briosos, empiezan a tener un aspecto macilento. La mujer arrodillada ante ella es una mujer rota y así, con unas fuerzas escasas, la coge en brazos. Las largas piernas cuelgan muertas, la

posible sea su fantasía, su deseo de que el cuerpo situado bajo el suyo esté disfrutando. Por eso los labios se unen, descienden los muros fronterizos, una lengua se fusiona con la otra, ríos y mares confluyen en una común cascada. Érica se comporta con timidez, su lengua se limita a estar ahí, dejando que la intrusa penetre en su cueva, que pasee por los dientes, por las paredes bucales, que llegue incluso a rozar el timbre de la garganta, lo cual la hace expulsarla.

—Tranquila mi niña, tranquila— le dice pasando la mano por la frente, besándola con suavidad, extendiéndose a lo largo de todo su cuerpo, igual que si la recibiese en su amplia geografía. Susana no puede evitar que ese aterrizaje sea un vuelo placentero, que los pechos se le endurezcan, que el pubis lllore, que toda la piel vibre con un sonido musical que ella no puede reconocer. Siente rabia que en ese viaje, ella le acompañe como una apática viajera. En esa búsqueda la mano pasea por el cuerpo, trata de encontrar unos pechos que se diluyen y escapan, nota incluso alguna erupción, una tierra gastada en esa deslumbrante geografía. Son las sombras que van cubriendo la belleza. «Pobre niña» piensa Susana, pero sin embargo prosigue la búsqueda, son dedos que se hunden en aquellos labios sin ningún cortinaje, esperando encontrar una cálida humedad, pero su tacto excitado vuelve a toparse con un territorio seco. Susana continua, está embravecida, le abre las piernas, las levanta y colocándolas por encima de sus hombros, conduce su boca hasta unos labios abiertos, los besa, los muerde ligeramente, adentra la lengua y se pierde en el laberinto carnal. Sabe que está sorbiendo el inicio de la vida y la muerte, pero se encuentra con una carnalidad tranquila que palpita con lentitud. Después de unos instantes Susana renuncia, la deja en el suelo y se acuesta a su lado.